



HAYAO MIYAZAKI: LA UTOPIA DEL VUELO

Por Gabriel Trujillo Muñoz

Para una obra cinematográfica como la de Hayao Miyazaki (Tokio, 1941), el maestro del cine de animación japonés, es necesario acercarse a su trabajo visual desde los temas mismos que nos presenta en sus películas. En ellas, lo mismo en los filmes que ha dirigido como en aquellos otros que ha producido desde su estudio Ghibli, podemos descubrir las obsesiones que han hecho de su cine un arte que salta las fronteras de la cultura japonesa para incidir en el mundo contemporáneo, creando una serie de relatos fabulosos que abarcan lo mismo una mirada crítica al pasado militar de su país como una visión de la lucha entre civilización y naturaleza, historias que a primera vista son cuentos de hadas o narraciones fantásticas, pero que al introducirnos en sus respectivos universos comprobamos que estas películas son un testimonio, en ocasiones cruel, a veces tierno, de un paraíso perdido en la infancia de su autor, de un edén aún no subvertido por el dolor de la muerte, por la corrupción de la realidad. Utopías que tienen en el vuelo la metáfora perfecta de la libertad y en la magia el escudo contra las fuerzas que socavan la belleza del mundo. En cierta forma, Miyazaki es el último visionario romántico que ha decidido pelear sus batallas en el campo máspreciado y vulnerable de nuestros días: el de la imaginación, el de la fantasía.

Nubes. Si algo tiene la firma de Miyazaki en todo su cine son los cielos que sirven de telón de fondo para las peripecias de sus protagonistas. Cielos como árboles frondosos cuyos frutos mayores son nubes que casi tocan la tierra. Y las nubes de Hayao parecen salir de una pintura de J. M. W. Turner



tal y como la describiera John Ruskin: “Entre el cielo y el hombre llegó la nube, siendo su ser como hoja que cae, y en parte como el vapor que se eleva”. Y Ruskin añade que las nubes son “pirámides colosales, enormes y firmes”, capaces de sostener la eternidad entre sus fronteras evanescentes. Las nubes, en Miyazaki son mensajeras del mundo más allá del mundo en que viven los protagonistas de las películas animadas de este director japonés: heraldos de guerras que se aproximan, de diosas que descienden flotando desde las alturas. Las nubes también sirven como guardianes de secretos milenarios, como tormentas que mantienen alejados los males de la civilización, las enfermedades del progreso. En la obra de Hayao, el descansar boca arriba sobre la hierba y contemplar los cielos cargados de nubes que se vuelan a ras de tierra es un placer insondable, una acto de comunión con el universo que cambia a cada parpadeo. Las nubes son emisarios de las transformaciones por venir, de las aventuras que están por comenzar.

Umbral y viaje. Todo reino mágico tiene sus rituales para poder acceder a sus dominios. Y estas normas hay que tomarlas en serio so pena de no poder escapar a su influjo. La cultura japonesa que Hayao representa es una ceremonia de respeto por los otros mundos que habitan en nuestra propia realidad, pero que no alcanzamos a percibir en toda su magnitud. La lección de su cine es precisa y contundente: para poder pasar a la comarca de los sueños, al país de los seres fantásticos y los temibles fantasmas, hay que cumplir con cada protocolo o sufrir el castigo por nuestra ignorancia y de nuestra ceguera. Ahí están como ejemplo los padres que por gula, por comerse los alimentos que están consagrados a los espíritus, acaban transformados en cerdos en *El viaje de Chihiro* (2001). Miyazaki nos dice: para contemplar lo maravilloso hay que pagar un precio. Y a veces ese precio es nuestra propia humanidad.

TEOREMA Z

área de ensayo

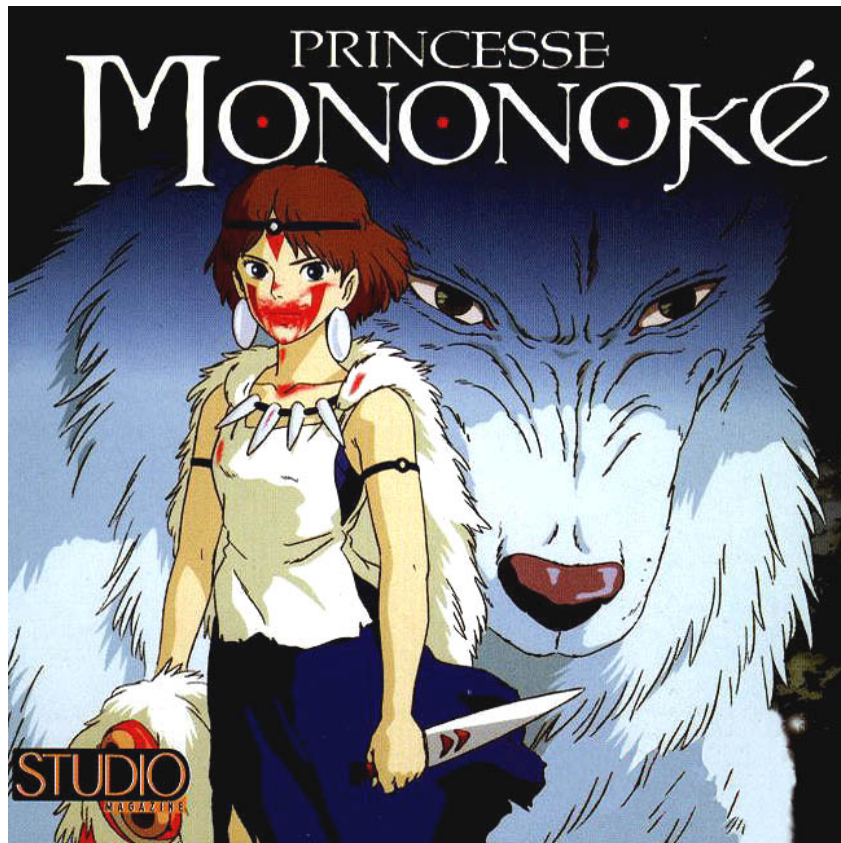


El mundo victoriano. Aunque el mundo contemporáneo aparece en varias de las cintas de Miyazaki, el horizonte histórico de buena parte de su obra es el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Sus personajes se ubican en una especie de *steampunk* visual, un relato punk a la velocidad del vapor, donde inventos futuristas se asientan en orbes campesinos y en ciudades repletas de carruajes, en cuyos cielos hacen piruetas aviones primerizos, y en cuyas calles compiten espadachines y armas de fuego. Un mundo europeo, victoriano, de imperio austrohúngaro, donde conviven damas intrépidas y caballeros sobrenaturales, donde la magia lucha contra cañones, automóviles de carreras y tanques de guerra. Una Europa alternativa donde los totalitarismos aún no levantan del todo la cabeza y los antiguos reinos anteriores a la Primera Guerra Mundial siguen su marcha



con desfiles y bandas musicales, con niños en bicicleta y panaderías humeantes. Un mundo de vidas benignas y fiestas comunitarias.

Espíritus del bosque. Para Miyazaki, el mito mayor es el de la tierra moribunda. En sus películas más duras, menos infantiles, como *Nausicaa del valle del viento* (1984) y *La princesa Mononoke* (1997), los espíritus de la naturaleza, las deidades que insuflan vida a la flora y a la fauna en estado salvaje, siempre están bajo el asedio de una civilización que destruye lo que encuentra a su paso, siempre están en retirada frente a las ambiciones humanas y los desechos tóxicos de una tecnología depredadora, insaciable, que contamina todo lo que toca y envenena el aire y el agua, los bosques y las selvas, por pura arrogancia. En *La princesa Mononoke*, la vida aldeana se vuelve un trabajo desenfrenado para construir armas de fuego. En *Nausicaa* es una tierra futura donde la humanidad se aferra a unos cuantos valles libres de vientos tóxicos. Pero Hayao no es un maniqueo. Su sentido ecologista no es tan simple como el de la lucha entre el bien y el mal. En realidad, sus héroes y heroínas no toman partido por ningún bando, sino que sirven de intermediarios entre ambos contendientes. Así, la guerra entre civilización y naturaleza se detiene cuando los representantes del progreso recapacitan ante el desastre que cometieron y los defensores de la naturaleza declinan seguir usando la violencia en su lucha. El cine de Miyazaki casi siempre termina en una tregua, en un momento de reflexión de sus protagonistas. Y, por ende, tal reflexión incumbe igualmente a sus espectadores. Después de la destrucción no viene la calma: viene la autocrítica, la meditación con los ojos abiertos ante nuestras propias responsabilidades.



Muchachas guerreras. La fuerza primordial del cine de Hayao, más allá de paisajes bucólicos, nostalgias victorianas o temas ecologistas, está en sus personajes principales: muchachas guerreras que van de lo salvaje (la princesa Mononoke, señora de los lobos) a lo angélico como la última heredera de la ciudad entre las nubes en *El Castillo en el cielo* (1986), pasando por Nausicaa, la estudiosa de la biología mutante, Kiki, la bruja adolescente en plan de aprendizaje o Chihiro, la niña que busca rescatar a sus padres de un hechizo. Todas ellas son personajes de múltiples facetas: sensibles y osadas, duras y tiernas, impulsivas y temerarias, lúcidas y reflexivas. Saben, en todo caso, subvertir los tabúes de sus respectivas sociedades, romper las restricciones de su sexo y de su época, obtener los recursos necesarios para llevar a cabo su periplo. Son niñas astutas y



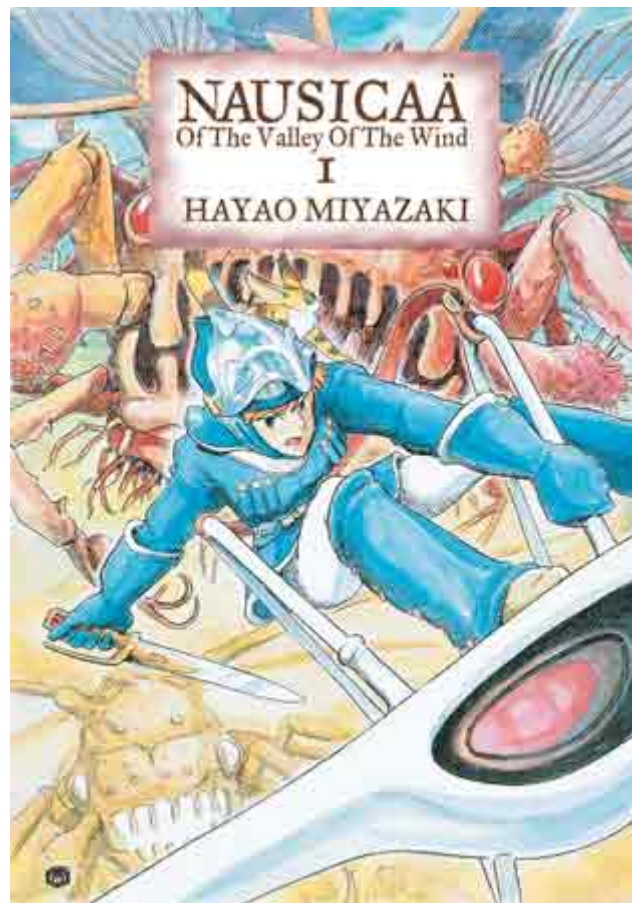
valientes, de armas tomar, en cuyas manos descansa el destino del mundo, el futuro de la humanidad, el porvenir de la naturaleza. Son las representantes de la lucha entre la pureza y la contaminación, entre la vida y la muerte, entre el amor y su demonios. Heroínas que no temen ensuciarse de sangre, matar antes que morir. Jóvenes intrépidas que toman decisiones de adultos en un orbe hecho de pesadillas y maravillas entrelazadas cruelmente. Por sus gestos y actitudes, estas adolescentes nos dicen que no piden tregua ni la otorgan, que ellas son las únicas que decidirán cómo habrán de ofrendar sus existencias cuando llegue el momento.

En pleno vuelo. Dos experiencias representan las piedras miliare del cine de Miyazaki: la ceremonia del baño purificador, que lleva a que los peores monstruos acaben, después de un buen baño, como dragones celestiales. La otra experiencia es la del vuelo: para Kiki, la bruja autodidacta, su primer vuelo implica abandonar la casa paterna, buscar en otra ciudad su propio destino. Volar es madurar. Para los dos niños de *El Castillo en el cielo*, el vuelo es una prueba de resistencia, un cumplir una ordalía para poder alcanzar la ciudad flotante y probar que no es una simple leyenda. En *El increíble castillo ambulante* (2004) es la pareja, el mago transfigurado y la muchacha hechizada como anciana decrepita, los que hacen del vuelo un reconocimiento mutuo, una fiesta de la vorágine del deseo. En *Nausicaa* es la destreza de la adolescente piloto que tiene como misión salvar a su pueblo de la extinción absoluta. El vuelo, entonces, es medio y fin a un mismo tiempo, fuente de placer y don que conlleva un entrenamiento, un aprendizaje. Pero volar no es un hecho gratuito: es un acto de gracia. Las mejores escenas de las películas de Hayao, aparte de los episodios de la naturaleza en estado puro, son las escenas aéreas donde los protagonistas se vuelven criaturas del aire, hijas del viento, damas del torbellino. El vuelo

TEOREMA Z

área de ensayo

es el acto supremo de la libertad sin asideros, de la apertura del espíritu humano al mundo como totalidad y equilibrio, como armonía y bienaventuranza.



El mundo y sus deidades. ¿Qué hace tan peculiar, tan arrebatadoramente seductor el cine de Hayao Miyazaki? ¿En qué consiste el arte de sus visiones y utopías? Por un lado está la perfección de sus diseños, su capacidad de crear mundos verosímiles que tienen por cimiento la infancia compartida, los sueños adolescentes que no fijan fronteras entre lo real y lo deseable. Por otra parte, en su cine todos los componentes interactúan orgánicamente entre sí. Sus películas son un ecosistema generoso en sus detalles, portentoso en sus imágenes y secuencias, un cine que fluye con el pulso



mismo de la vida en sus ciclos y estaciones. La suya es una obra utópica donde la magia y sus criaturas pelean por mantenerse en el mundo, en nuestro mundo. Con una mezcla de melancolía y euforia, de placeres cotidianos y juegos infantiles, de trascendencia y dolor, sus narraciones animadas no dejan de hacernos ver las fortalezas y debilidades del ser humano y de la sociedad que éste ha construido como una muralla para aislarse de la naturaleza, para escapar de las voces de la otredad. Miyazaki no es Walt Disney: él no les ha quitado lo bestial a los espíritus del bosque ni ha querido hacer melodrama de la muerte. En suma, sus filmes son retratos de cuerpo entero de nuestra época, relatos de lo que significa crecer y madurar en una civilización que ha dado la espada a la utopía del vuelo por propia voluntad. Ruskin de nuevo hablando de Turner, el pintor inglés del siglo XIX, nos da las claves del universo visual de Miyazaki: "su sensibilidad hacia el afecto y la miseria de los hombres no es menos aguda que su sentido de belleza natural: la vista de su corazón es tan profunda como la de sus ojos. Todo su propósito es darnos la impresión de una vida de apacible esperanza, y santificada por el aire puro de las montañas y el rocío bautismal del cielo que cae suavemente entre días de trabajo y noches de inocencia". Es, en todo caso, un arte "de noble entusiasmo", donde lo más valioso son "los fenómenos naturales en su relación directa con la humanidad". Hayao Miyazaki es, de esta forma, un cineasta cuya utopía es la del eterno retorno, la de las estaciones del año que vuelven una y otra vez, las del ritmo de la naturaleza que nos enseña a comprender el cambio y sus vicisitudes. Un artista romántico que ha hecho de los conflictos del mundo un deleite de acción y contemplación, un mito luminoso y audaz que vuela ante nuestros ojos, una verdad encarnada en niñas que atienden el llamado de la vida como brujas y guerreras, como salvadoras de la tierra en agonía. Ya Delmore Schwartz lo dijo como poeta de la era nuclear: la responsabilidad comienza en nuestros sueños. Y los sueños de Miyazaki son



la herencia de esa destrucción, de ese catástrofe que se abatió sobre Hiroshima y Nagasaki. Un testamento desde la desesperación para la vida que viene, para los deidades que están por surgir entre nosotros. Muchachas que flotan en la espiral de las tormentas. Niñas que hablan el lenguaje del dolor y de la dicha. Criaturas nacidas para habitar un bravo mundo nuevo.

Autor: Gabriel Trujillo Muñoz; Mexicali, Baja California, México.

Artículo inédito. Teorema Z. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.